reinas. El número de sus concubinas era exorbitante y escandaloso; pues hallamos escrito que habitaban dentro de su palacio más de 3.000 mujeres entre amas y criadas, y que venian al exámen de su antojo cuantas nacian con alguna hermosura en sus dominios, porque sus ministros y ejecutores las recojian á manera de tributo y vasallaje. Las audiencias que concedia Motezuma no eran fáciles ni frecuentes, y el agraciado entraba descalzo y hacía tres reverencias sin levantar los ojos, so pena de un gran castigo, diciendo en la primera: «señor;» en la segunda: «mi señor;» y en la tercera: «gran señor.»

Esta conducta déspota y altiva de Motezuma para con sus vasallos, favoreció en gran manera el pensamiento de Hernan Cortés. Los mejicanos, fanáticos y supersticiosos como todos los pueblos que viven en la ignorancia, habíanse esplicado ciertos signos que observaron en el cielo, como el anuncio de la llegada de un hombre estraordinario que habia de venir de lejanas tierras á castigar las crueldades de aquel mónstruo emperador. Unido esto al carácter y á la conducta de los españoles, mostrándose fuertes en el combate y humanitarios en la victoria, puede servir de mucho para comprender en algun modo la posibilidad de la conquista de Méjico, realizada por un número tan escaso de españoles.

VII.

La entrevista de Cortés y Motezuma, anteriormente citada, fué en estremo afectuosa y cordial, sin que uno ni otro se reveláran los planes que se proponian. Al dia siguiente fué Cortés á devolver la visita á Motezuma, llevando en su compañía á los capitanes Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon, Gonzalo de Sandoval y Diego de Ordaz, y las relaciones entre españoles y mejicanos se estrecharon con tal motivo de una manera íntima y afectuosa.

Un nuevo incidente viene á turbar la paz de que disfrutaban los españoles en Méjico, y á acelerar la realizacion del pensamiento que abrigaba Hernan Cortés. La ciudad de Veracruz, que como ya indicamos en otro lugar, se hallaba ocupada por los españoles, quedando al frente de su gobierno Juan de Escalante, fué invadida por uno de los capitanes de Motezuma, causando grandes destrozos y dando muerte á varios españoles y totonacas.

Esta noticia confirmó las sospechas de Cortés respecto á la conducta hipócrita y rastrera de Motezuma para con los españoles; y despues que hubo consultado con sus capitanes, se decidió por arrostrar lo antes posible los nuevos peligros que le aguardaban en Méjico. Al efecto se dirijió al palacio del emperador acompañado de la discreta Marina, de Sandoval, Alvarado, Velazquez de Leon, Lugo y Dávila, y de cinco soldados de su mayor confianza, con la intencion de apoderarse por grado ó por fuerza de Motezuma, único medio de impedirle realizar sus encubiertos planes.

Tal pensamiento, que desde luego repugna á la dignidad y al derecho de gentes, se hallaba, sin embargo, justificado para Hernan Cortés, porque de llevarlo ó nó á cabo, dependia la salvacion ó muerte del ejército español. Por lo demás, la idea no podia ser más ingeniosa ni más propia de la sagacidad del célebre capitan. Motezuma era para los mejicanos una especie de sacerdote sagrado, una garantía segura de la obediencia de todo aquel pueblo; y al atreverse un estranjero á imponer su mano y arrestar en su palacio á un príncipe, á quien ninguno de sus vasallos podia mirar sin sentirse castigado al punto por la fuerza ó por su propio temor, daba desde luego á los mejicanos la idea de un poder sobrenatural en Cortés y en los demás españoles.

Presentados éstos á Motezuma y retirada su guardia á larga distancia, empezó á dirijirle Cortés severos cargos por el atentado de que habian sido víctimas los españoles en Veracruz, en contra de lo que se habia pactado. Motezuma, de suyo poco animoso como todos los déspotas y traidores cuando han de habérselas frente á frente con otro hombre, negó que tuviese participacion alguna en los atentados de su general Qualpopoca contra los españoles en Veracruz; pero Cortés, firme en su intento de apoderarse del emperador, le amenazó con la muerte, obligándole á marchar como arrestado al palacio del capitan español, manifestando antes á sus vasallos que voluntariamente abandonaba su régia morada y se marchaba por algun tiempo al lado de los españoles. Los mejicanos, en efecto, obedeciendo á su rey, le dejaron partir; pero este acto de maldad y cobardía fué realmente lo que más contribuyó á precipitar la caida del imperio azteca.

La conducta de Cortés para con Motezuma, despues que le hubo trasladado á su palacio, fué tan atenta y delicada, que al poco tiempo concluyó el emperador, segun los historiadores más autorizados, por dar á Cortés todo género de pruebas de verdadero afecto y amistad sincera, y así vienen en efecto á probarlo varios actos de Motezuma en circunstancias, bien críticas por cierto, para el caudillo español.

Pero no se crea que este afecto era hijo de un sentimiento bondadoso y sincero de Motezuma: en pechos tan ruines que abandonan su patria á un pueblo estraño, no caben nunca tan bellos instintos. Motezuma no desconocia los ódios y rencores que su crueldad habia hecho nacer entre sus vasallos, y los remordimientos de su conciencia le anunciaban con miedo y espanto que llegaria un momento de horrible expiacion. Las victorias, por otra parte, que los españoles habian alcanzado en algunas de sus provincias, le hacian presentir un dominio más ó ménos pronto en todo el imperio: el proceder algun tanto servil y poco digno de los españoles en su trato para con el ilustre arrestado, satisfacia y halagaba el orgullo del emperador; y todos estos móviles, verdaderamente propios de tan indigno monarca, le llevaban á permanecer al lado de los españoles, y á favorecer, atentando contra su misma patria, el pensamiento de sus enemigos.

VIII.

Los nobles y grandes del imperio mejicano, más celosos de su patria y de su independencia, se decidieron á hacer la guerra á los estranjeros y á todo trance arrojarlos de su territorio. El primero que entre ellos dió el grito de guerra de independencia fué el rey de Tezcuco, sobrino de Motezuma. Hernan Cortés, que no ignoraba que entre los oprimidos las reacciones son siempre proporcionadas á la antipatía y al ódio, y que la venganza está en proporcion de las ofensas sufridas, temia que el movimiento de Tezcuco se estendiese á las demás provincias, y así fué que con toda diligencia aprestó sus armas y sus gentes, preparándose á salir al encuentro del jóven y digno príncipe. Motezuma, á quien constaba el valor y arrojo de su sobrino, dice á Cortés que permanezca tranquilo, pues de lo contrario los españoles serían derrotados; y entretanto, haciendo uso de su autoridad suprema, hace conducir á presencia de Cortés al sublevado príncipe, que con otros varios nobles que como él trataban de defender su patria, fué arrestado y puesto bajo la custodia de los españoles.

Cortés, que empezaba á tocar ya los escelentes resultados de su amable conducta para con Motezuma, procuró obrar de idéntica manera con otros nobles y adictos del emperador, y ayudado en todo por Motezuma, consiguió bien pronto atraer á su partido á un gran número de mejicanos traidores á su patria, pero que tenian, sin embargo, en ella gran poder y valimiento.

Preparados así los ánimos por el sagaz y afortunado español, y exagerando los peligros que amenazaban al monarca mejicano, á la vez que presentándole todo género de seguridades si aquel imperio se ponia al amparo de la corona de Leon y de Castilla, aprovechó una ocasion favorable y propuso formalmente á Motezuma el reconocimiento del rey de España como sucesor de aquel imperio, prestándole obediencia y pagándole tributo como á descendiente de su conquistador. Esta rara y estraña proposicion fué aceptada sin grandes esfuerzos por el meticuloso y aturdido Motezuma; y convocando á los nobles, les propuso el reconocimiento de vasallaje al rey de España como sucesor de Quezoalcoál, fundador del Anahuac.

Tales proposiciones fueron aceptadas por los favoritos del emperador, pero rechazadas por los demás con profunda indignacion; resultando de aquí una lucha sorda y sangrienta que dividió en dos bandos el imperio. A tal altura se encontraban en Méjico las negociaciones del célebre estremeño, cuando supo que un gran número de españoles eran enviados al mando de Pánfilo de Narvaez, para prenderle con toda su gente y conducirle á Cuba á las órdenes del ambicio-

so Diego Velazquez, gobernador de esta isla. Resuelto Cortés á no cejar en su empeño de conquistar á Méjico, se dispuso á luchar contra las fuerzas de Velazquez, y dejando en Méjico á Pedro de Alvarado, se dirijió en Mayo de 1520 hácia Veracruz en busca de las tropas de Narvaez. Las fuerzas de que disponia Cortés no pasaban de 250 hombres, pero todos tan aguerridos, tan acostumbrados al clima, al cansancio y á las privaciones, que no sólo consiguió vencer á su rival despues de largos y sangrientos combates, sino que atrajo á su bandera todas las fuerzas enemigas que sobrevivieron á la lucha.

Entretanto que estas victorias ensalzaban más y más el valor y pericia de Hernan Córtes, una noticia vino á turbar su animoso y satisfecho espíritu. Era costumbre entre los mejicanos festejar en el mes de Mayo al dios de la guerra. Desde el monarca hasta las clases más inferiores, todos debian acudir á esta solemne y grandiosa fiesta, y por tanto los nobles rogaron á Alvarado que dejára á Motezuma asistir al templo. Alvarado, que creyó ver en esto un pretesto para hacer salir al rey de la fortaleza y ponerse al frente de un movimiento que sería terrible para los españoles, pudo conseguir que la funcion tuviese lugar dentro de su mismo palacio. Los mejicanos, que no otra cosa se proponian que festejar á su dios, accedieron á los deseos del capitan español y acudieron en efecto al lugar citado. Las joyas y piedras preciosas de que los nobles iban adornados eran de un valor inapreciable; y cuando la ceremonia hubo dado principio, los soldados españoles, codiciosos por una parte de tantas riquezas como á su vista se presentaban, é indignados por otra del culto erróneo y supersticioso de aquella nobleza, cayeron sobre ella con las iras del fanático y la presteza del avariento, y despojándola del oro y brillantes con que adornaba sus ligeros trajes, acuchillan á los unos, ponen en fuga á los otros, dejando el palacio cubierto de sangre y alhajas de gran valor.

IX.

Este atentado de los españoles fué como la mecha que pone fuego al cañon. Seis meses hacía que los mejicanos reprimian sus ódios y sus venganzas contra unas estrañas gentes, que poco á poco y con la mayor cautela, iban descubriendo el pensamiento que les llevaba á aquellas regiones, y el atropello del palacio de Alvarado fué para los mejicanos el despertar del leon de su calentura. Llenos de indignacion y de ira se dirijen al palacio de los españoles, y ni uno solo de éstos hubiera escapado de la furia de aquel pueblo sin la eficáz y oportuna intervencion de su emperador. Sin perder momento dió cuenta Alvarado de este suceso á Cortés, y aquí debemos notar cómo van encadenándose los acontecimientos en este gran drama de la conquista de Méjico.

Cuando Cortés recibió el mensaje, estaba ya derrotado Narvaez y militando sus fuerzas bajo las banderas del vencedor: un dia más que se hubiese dilatado esta victoria, un entorpecimiento cualquiera que hubiese impedido la vuelta instantánea de Cortés á Méjico, habria bastado para que Juan de Alvarado y los demás españoles hubieran sido víctimas de la insaciable saña de un pueblo invadido y ultrajado; para que Motezuma sufriese la misma suerte, ó cuando ménos, perdiera para siempre la corona; para que Méjico recobrase su libertad y su independencia, y para que toda tentativa ulterior fuese inútil contra un pueblo ya aleccionado, sin grandes fuerzas y mayores sacrificios, y sobre todo sin hombres de la entereza é inquebrantable carácter de Hernan Cortés.

Nada de esto sucedió sin embargo. El 24 de Junio llegó á Méjico el capitan español con numerosas fuerzas y con gran contentamiento de Motezuma y de los españoles que se encontraban en la última esperanza. Los mejicanos no por esto deponen las armas, antes al contrario se preparan con mayor brio á la pelea. Cortés, luego que hubo censurado ácremente la conducta de Alvarado y los desmanes de los españoles, se dispone con toda la fuerza de su voluntad de hierro á realizar su anhelado pensamiento, y ordenando convenientemente sus tropas se prepara á resistir el empuje de los mejicanos. Rodean éstos el palacio, piden á gritos la cabeza de su rey traidor y el esterminio de todos los estranjeros, acometen con furia al palacio, se presenta Motezuma arengando á

sus vasallos y rogándoles la paz; éstos al verlo se indignan, le arrojan una nube de dardos y flechas, y Motezuma cae al suelo bañado en su propia sangre. Cortés, apelando á un recurso estremo á lo cual era tan aficionado como protejido por la fortuna, se pone al frente de unos cuantos de los suyos, y con un ímpetu y un valor increibles se arrojan sobre las puertas y se abren paso por entre las lanzas. Los demás españoles siguen su ejemplo, y en breve vióse el palacio libre de los sitiadores.

Ni aun así desisten los mejicanos de su venganza. Aprovechando la oscuridad de la noche ponen fuego al palacio, y los españoles, aunque con sensibles pérdidas, logran apagarlo: al dia siguiente el pueblo en masa se dirije otra vez al fuerte de los españoles: resisten éstos con valor desesperado; pero comprendiendo que en aquella situacion no podrian librarse de una muerte próxima y horrible, proponen la paz: el pueblo la acepta, tal vez con aviesas intenciones; y Hernan Cortés, poniendo en práctica aquello mismo que sospechaba de sus enemigos, logra escapar con sus fuerzas del cuartel, y se retira al campo para poder desde allí combatir con mayor desembarazo.

Vuelven los indios á presentarle el combate y le obligan á refugiarse en la ciudad de Tacuba, en donde Cortés pudo notar con amargo sentimiento, que le faltaban los valerosos capitanes Juan Velazquez de Leon, Amador de Lariz, Francisco Saucedo y otros, y hasta doscientos españoles, mil tlascaltecas, cincuenta caballos y todos los prisioneros. No por esto desmayó en su propósito el intrépido Cortés. Para reponerse en algun tanto de las grandes pérdidas que acababa de sufrir, se encaminó hácia la provincia de Tlascála, en donde tan favorable acojida le habian hecho sus habitantes; pero los indios, que comprendieron sin duda este pensamiento, se apresuraron á entorpecer con pequeñas escaramuzas la marcha de los españoles, entretanto que dirijian numerosas fuerzas al valle de Otumba para impedir que nuevos refuerzos de tlascaltecas viniesen en auxilio de Cortés, y esperar allí al mismo tiempo la llegada de éste y presentarle formal batalla.

Consiguen llegar, no sin grandes penalidades y desgracias, al citado valle las tropas españolas, y vieron cubierto aquel llano de multitud de indios, que con gran algazara esperaban la llegada de sus enemigos. Las tropas de Cortés, al contemplar desde una altura aquel campo cubierto de dardos y lanzas, muestran temor de dirijirse al combate; pero Cortés, con el arrojo y entusiasmo que les exhorta, les infunde con su palabra entusiasmo, les dice que nada teman, que Dios milita por ellos y que la victoria será de los españoles: espoleando luego su caballo, se dirije contra el enemigo, sus soldados le siguen, y en un instante quedaron confundidos y luchando cuerpo á cuerpo mejicanos y españoles. Cortés, seguido de Juan de Alvarado, de Sandoval, de Olid y de Alonso Dávila, se dirije por entre los escuadrones contra el jefe de los indios, que sentado en una magnífica carroza, llevaba el estandarte, y le derriba en tierra al primer golpe de su irresistible lanza, sufriendo á la vez el capitan español una herida en la cabeza. Viendo su estandarte en poder del enemigo y muerto su principal jefe, caen en gran desaliento de que supieron aprovecharse los españoles, y acaban en fin por dispersarse y dejar el campo libre y cubierto de cadáveres.

X.

Esta singular victoria puso en manos de Hernan Cortés casi todo el imperio mejicano. Los pocos indios que escaparon de la batalla de Otumba, amedrentaron á sus compatriotas con sus relaciones acerca del valor de los españoles; éstos recorren libremente á Tlascála y algunas otras provincias, y se atraen á su partido gran número de mejicanos: intenta Cortés ir sobre la ciudad de Méjico, y se convence de que aquel pueblo se hallaba dispuesto á combatir sin tregua contra los españoles, para lo cual habia elejido por rey al activo é incansable Custlahualzen, hermano de Motezuma; y en tal estado, el general español se dispone á hacer grandes preparativos para sitiar la ciudad.

No es nuestro objeto, ni cabe tampoco dentro del pensamiento de nuestro trabajo, detallar todos y cada uno de los esfuerzos estraordinarios que necesitó Cortés para rendir

á Méjico, por lo cual omitiremos las innumerables y cruentas batallas que libró en lo sucesivo, hasta dominar por completo lo que se llamó más tarde la Nueva España. Citaremos, sin embargo, como uno de tantos preparativos, la construccion de un canal de dos millas de longitud y doce pies de profundidad, para conducir las naves desde Tezcuco al lago de Méjico, en cuyas obras se emplearon por espacio de cincuenta dias más de ocho mil obreros del reino de Acolhuacan; y recordamos á la vez como un rasgo noble, humanitario y generoso de Hernan Cortés, las palabras que dirijió á sus soldados antes del ataque. «Ninguno de vosotros,—les decia,—blasfemará del nombre de Dios ni de la Vírgen María. Ninguno ofenderá á sus camaradas, ni llevará su mano á la espada para herirle. Ninguno violentará, so pena de muerte, á mujer alguna. Ninguno se apropiará de lo ajeno. Ninguno castigará á un indio, á ménos que sea su esclavo. Ningun español ofenderá á un aliado mejicano, sino que por el contrario, procurará tenerle todo género de deferencias y consideraciones.»

Con tales preceptos se empezó el ataque de Méjico el 28 de Abril de 1521, hecho de armas el más importante de cuantos presenta la historia del Nuevo Mundo desde su descubrimiento, calculándose el número de españoles y de aliados en unos cien mil y unas veinte pequeñas piezas de artillería, y hasta doscientos mil el de los indios que defendian la capital de su imperio.

El sitio de Méjico duró unos tres meses. Las pruebas de valor y de talento militar que dió Cortés durante estas memorables jornadas nos ocuparia, si hubiéramos de indicarlas al ménos, mucho más espacio del que disponemos. Los demás capitanes españoles rivalizaron igualmente en arrojo y bravura; todos en fin, tanto sitiados como sitiadores, pelearon con frenético entusiasmo. La presentacion de Quanhtemotzin, rey del Anahuac, en el campamento de los españoles puso término á esta lucha sangrienta. El ilustre prisionero, llevado á la presencia de Hernan Cortés, dijo con voz digna y majestuosa: «Yo soy Quanhtemotzin, soberano del Anahuac, contrariado por la suerte: yo me entrego á tí; cesen los insultos á la reina y á mis hijos, y deje de derramarse la sangre de mis súbditos, de quienes nada teneis ya que temer: yo he hecho por mi defensa y la suya cuanto el honor de mi corona y mi deber de monarca me prescriben; mis dioses me han sido contrarios y yo soy tu prisionero: haz de mí lo que tengas por conveniente, hiéreme, toma esta vida que yo lamento no haber perdido en defensa de mi patria.»

Desde entónces cesó la guerra entre los mejicanos y los españoles, y pudieron éstos apoderarse de la ciudad sin nuevos y sangrientos sacrificios. El aspecto que Méjico presentaba era el más horroroso, el más terrible de cuantos pueblos han resistido las iras del sitiador. Bernal Diaz compara el estado de aquel pueblo al de Jerusalem despues del sitio de la ciudad santa: una décima parte de la poblacion estaba en pié; todo lo restante no presentaba sino un inmenso monton de ruinas cubiertas de cadáveres, cuyos olores postraban en tierra á vencidos y á vencedores; hasta ciento cincuenta mil mejicanos habian muerto en los tres meses de asedio, unos por hambre, otros por enfermedades, los demás por las armas de los sitiadores.

Cortés se retiró á Coyohuacan, ciudad hermosa situada á legua y media de Méjico: convoca desde allí á las demás ciudades del Anahuac y les garantiza su libertad, les promete conservar sus tierras y dejarles libremente la eleccion de su residencia. Les exhorta á la union y fraternidad con los españoles; les hace entrevér un gran progreso si á ello le ayudan la paz y calma de aquellos Estados; les asegura una eterna bienaventuranza con la nueva religion que les traia, y de este modo la habilidad y entereza de Hernan Cortés consiguió hacer grandes prosélitos en todo el Anahuac, y que quedasen sometidas en su mayor parte á la corona de España las vastas comarcas de aquel gran imperio.

No entra en el plan de nuestra publicacion decir nada sobre las demás conquistas que llevó á cabo Cortés en la América Central, ni estendernos en detalles sobre sus actos posteriores á la conquista. Grande fué la ingratitud de la madre pátria para con un hijo que habia completado la obra grandiosa del inmortal Cristóbal Colon, y que como éste habia admirado al mundo por su valor y su constancia. Como el ilustre descubridor, Hernan Cortés fué hecho prisionero por órden de su emperador Cárlos V y conducido á España, desembarcando en Palos á fines del mes de Mayo de 1528. Los rivales de Cortés no pudieron en esta ocasion tanto como el génio y simpático carácter del capitan español, y no sólo se le devolvieron todos sus títulos y condecoraciones, sino que se le nombró gobernador de la Nueva España y de todo el Continente y demás islas que se descubriesen en el mar del Sud. La envidia de sus enemigos le hizo más tarde perder la justa proteccion y bien merecida recompensa del monarca; y Hernan Cortés, como Cristóbal Colon, como casi todos los grandes hombres de aquella época memorable, murió en 2 de Diciembre de 1547, á los sesenta y dos años de edad, en un estado bastante pobre, y abandonado, ya que no despreciado, de los nobles y de los poderosos.

CAPÍTULO III.

EL RÉGIMEN COLONIAL.

La propaganda religiosa.—Los misioneros.—Las Encomiendas.—Establecimiento de la Inquisicion.—Preponderancia del elemento clerical; su lucha con el poder civil.—Conmociones en tiempo del virey marqués de Gelves.—Organizacion colonial, civil, política y religiosa de Méjico.—Legislacion: las «Leyes de Indias».—Desórden en la administracion.—Reformas hechas en el siglo XVIII.

I.

Hemos reseñado los orígenes y conquista del vasto imperio de Méjico, con la rapidez é incorreccion á que nos obligan los estrechos límites de esta obra, la premura del tiempo y las poquísimas fuerzas con que contamos. Con iguales faltas y en idénticas condiciones, vamos á dar ahora una ligera noticia de aquel imperio hasta principios del presente siglo en que recobró su libertad y su independencia, permitiéndonos algunas breves consideraciones sobre el régimen administrativo, civil y político con que dotó España á esta importante colonia del Nuevo Mundo.

La primera cuestion que desde luego quiso abordar la metrópoli, como la más necesaria y la más apremiante de cuantas pueden conmover en sus cimientos á esas grandes agrupaciones que llaman pueblos, fué la cuestion religiosa. Las creencias de la Edad media, que por este tiempo absorbían el espíritu de los españoles; las victorias alcanzadas por ellos, merced en parte á esas mismas creencias, sobre los africanos que por espacio de ocho siglos habian ocupado la Península; la reforma que imponente y amenazadora se presentaba en el Norte, agitando violentamente el espíritu; el fanatismo, en fin, y el sentimiento caballeresco tan arraigado en España; todo esto, decimos, fueron causas que llevaron necesariamente á Méjico, como á las demás partes de América, ese espíritu de crueldad y de intolerancia religiosa de los españoles, firmes en su conviccion de enfrenar para siempre en la Península como en Ultramar, todo género de sentimientos de libertad é independencia con el tribunal poderoso y horrible de la Inquisicion.

Consecuencia de tan escesivo rigor en materias religiosas, fueron igualmente las severas disposiciones que en Méjico se dictaron sobre su régimen civil y político, de que más adelante nos ocuparemos; pues sabido es que cuando un pueblo llega en religion hasta el fanatismo, todos los medios que emplea le parecen legítimos y buenos, si con ellos consigue triunfar de los infieles, ó estender su fé, ó enriquecer los dominios de su trono. Sólo así pudieran esplicarse ciertas medidas empleadas por religiosos españoles para atraer á su fé á los infelices indios del Anahuac, y sólo así se concibe cómo este territorio se consideraba propiedad de la corona de España en virtud de donacion del papa.

En el año de 1522 varios monjes franciscanos, agustinos y dominicanos se dirijieron á Méjico para la conversion de infieles. Estendiéndose los unos por Tlascála, los otros por Mechoacan y el reino de Motezuma, procuraron ante todo la conversion de los grandes y de los nobles, consiguiendo sin grandes dificultades la de la familia real de Tezcuco, la de Quanhtemotzin y otros nobles que se habian librado de las encarnizadas luchas de la conquista.

Esta manera de dar principio los misioneros á su difícil y peligrosa tarea produjo, como no podia por ménos, escelentes resultados. Abrazando el cristianismo las familias